

EUGENIO CARUTTI

Inteligencia Vincular

En el momento en que el cerebro humano se percata que sus funciones van mucho más allá que las de garantizar el bienestar del cuerpo al que pertenece sino que forma parte de una organización inteligente a escala planetaria, surge espontáneamente el interrogante acerca de la evolución de esa inteligencia y de que manera participamos de ella. Es decir, cuales son los procesos que pueden poner en actividad los circuitos latentes del sistema nervioso que no están inmediatamente al servicio de un cuerpo particular y de la identidad psicológica que llamamos persona.

Antes de eso cualquier intento de maduración era entendido como un acto de obediencia a la voluntad de los dioses o como el esfuerzo necesario para alcanzar el mejoramiento personal. En algunos casos esto se convierte en un fuerte y duradero impulso hacia ese tipo de crecimiento que llamamos "espiritual". Este suele incluir desde el confuso deseo de tener visiones y experiencias místicas hasta el desarrollo de poderes o el anhelo de liberarse de los padecimientos del mundo para alcanzar un estado incondicionado de beatitud.

Como hemos descrito en otros artículos, cuando el sistema nervioso registra *espontáneamente* que está entretejido en una vastísima trama inteligente, se da cuenta por primera vez hasta que punto se había protegido de esta vivencia. Descubre que, sin tener ninguna consciencia de ello, durante miles de años se había limitado a funcionar dentro de un rango muy estrecho de percepciones que lo aislaban de procesos mucho más complejos. Empieza a sentir la enorme diferencia que existe entre las construcciones protectoras que nacen de los acuerdos colectivos por bellas que estas sean y el inmenso caudal de información que circula más allá de esa frontera.

Todas aquéllas ideas y prácticas relacionadas con el mejoramiento a las que le había dedicado tanta energía se le aparecen en ese momento como procesos

dentro de lo conocido. Descubre que –quizás necesariamente- había obturado las conexiones que lo ponían en presencia de la inteligencia planetaria, tomando el camino que desembocó en el florecimiento de la inteligencia tecnológica. Empieza a reconocer cada vez más claramente la modalidad específica de esa inteligencia y puede identificar el confuso entramado de ideas, imágenes, lenguajes, sensaciones, emociones y sentimientos que brotan incesantemente de esa actividad. Debe aceptar, no sin dolor, que habita un mundo de objetos y que solo puede sentir las sensaciones que estos –ya sean materiales o virtuales- le provocan. Por primera vez comienza a observar y observarse dándose cuenta que ha adquirido el hábito de separarse de la trama interactiva de la que forma parte.

Se ha abierto una grieta en la burbuja protectora de las construcciones humanas y esta le revela la existencia de un universo de relaciones en el cual no existe real separación entre aquello que se puede distinguir. Cuando esto sucede es que ha entrado en actividad otro tipo de inteligencia, muy distinta a la objetiva y a su opuesto la subjetiva, una inteligencia vincular.

II

Llegados a este punto es evidente que quien escribe y aquellos que leen formamos parte de una misma inteligencia; todo lo que piensa y ha pensado, imaginado y sentido la especie humana es un solo, inmenso movimiento. No le pertenece a nadie, nos atraviesa a todos y por eso está presente en cada uno.

La enorme profundidad evolutiva de la consciencia se hace entonces presente y se interroga: ¿que es esa inteligencia que está más allá de nosotros, ya sea que le hayamos dado forma de dioses o de ciegos procesos naturales? "Eso" que está más allá de nuestro pensamiento e imaginación pero que al mismo tiempo no está separado de nosotros. ¿Cómo aprendemos a vincularnos con ello, o mejor aún, a reconocernos en ese vínculo? ¿De que manera se produce el encuentro de la mente externa, objetiva con la visionaria, subjetiva para que aparezca la dimensión vincular de la inteligencia? ¿Cómo aprender a sentir lo que pensamos, a significar lo que sentimos? (Ver Algunos conceptos fundamentales)

Es una enorme tarea la que debemos enfrentar: reunir los opuestos que hemos creado dentro y fuera de nosotros, liberarnos de la mecanicidad aislante a la que nos hemos habituado, tolerar la información de la cual nos hemos protegido por tanto tiempo, atrevernos a desorganizar la estructura aparentemente eficiente pero a todas luces peligrosamente limitada de nuestro entero sistema de creencias.

Estos son todos aprendizajes que deberemos hacer en tanto especie; pero si observamos atentamente advertiremos que se vienen realizando desde siempre en aquellos individuos o grupos que a lo largo de la historia cuestionaron el contexto separativo de la percepción y tuvieron destellos de otros niveles de inteligencia y sensibilidad. En realidad es ese tejido viviente el que va al encuentro de lo falsamente separado y se interroga en cada uno de nosotros para profundizar en su aprendizaje (Ver La transformación de la Tierra)

Nos preguntamos entonces, como tantos otros antes que nosotros en las más distintas formas: ¿Cómo aprendió la vida a tomar la majestuosa forma del águila sin tener ningún conocimiento de aerodinámica? ¿Cómo "sabe" el tiburón que su elegante contorno responde rigurosamente a las leyes de la hidrodinámica que la mente-en-el-humano descubrió millones de años más tarde?

"Nuestra" mente ama separarse de lo que percibe y desarrollar teorías acerca del mundo que ha definido como externo para darle la forma que desea. Es decir, ama el *conocimiento* y es ese tipo de inteligencia, objetiva e intencional, la que nos ha permitido realizar las construcciones maravillosas de la civilización. Pero es evidente que la vida terrestre no ha necesitado del conocimiento para darse forma a si misma.

A los humanos nos fascina adquirir el mayor conocimiento posible acerca del conjunto de objetos que nuestra mente recorta del flujo interactivo de la vida. Esta actividad inteligente es espléndida y tiene una indudable función para la Tierra. Pero el águila y el tiburón no provienen de ella; así como las nubes, los bosques o las estrellas. Nosotros mismos no hemos surgido de una teoría acerca de la realidad que más tarde operó sobre ella para darle la forma deseada.

La inteligencia de la cual emergen las águilas y los tiburones obtiene toda la información que necesita del vínculo con aquello que inmediatamente los

rodea. Toda la información que necesita un organismo terrestre para desplegar sus potencialidades se encuentra presente en aquello con lo que se vincula instante a instante.

Esto es: los seres de la Tierra estamos inteligentemente acoplados unos con los otros y de ese acoplamiento brota todo lo que necesitamos "saber" para ser.

III

Lo primero que podemos advertir entonces es que la inteligencia de la que formamos parte es de una índole muy diferente a aquella con la cual nos hemos identificado. "Nuestra" mente actual es una bifurcación de la inteligencia terrestre que tiene un sentido claramente funcional. Ella es la que ha hecho posible que surja el reino de las máquinas inaugurando aprendizajes revolucionarios para la entera vida planetaria (Ver La transformación de la Tierra). El único problema es que los humanos estamos absolutamente convencidos que la inteligencia subjetiva-objetiva (tecnológica) es claramente superior al tipo de inteligencia de la cual provenimos.

"Nuestra" mente objetiva nos dice que los códigos genéticos del águila o el tiburón se adaptan a sus ecosistemas para evolucionar. Pero no nos damos cuenta que damos por sentado que los códigos que generan al tiburón están completamente separados de la información que circula por el océano al que pertenece. Una vez que los hemos separado es inevitable que lleguemos a la conclusión que cada especie debe adaptarse a su ecosistema como si éste fuera algo objetivo para cada uno de ellas.

En el otro extremo de nuestro pensamiento tenemos que postular la existencia de una inteligencia divina, pero con la misma estructura que la nuestra, quien los ha diseñado uno por uno como si fueran también entidades completamente separadas unas de las otras.

Si reconocemos la presencia de una *arquitectura* en el universo nos sentimos obligados a concebir la existencia de un arquitecto que opere a imagen y semejanza de la mente tecnológica, aunque nos llamemos religiosos. Y si somos capaces de percibir la presencia de una *creatividad* que no necesita recurrir a una inteligencia centralizada como la nuestra para generar formas, nos sentimos obligados a decir que es ciega y evolutivamente "inferior" a la humana -que por otra parte proviene de ella- aunque nos llamemos científicos.

El estado actual de "nuestra mente" debe incurrir necesariamente en estas paradojas. Pero si somos realmente serios, rigurosos, deberemos aprender a reconocerlas y sostenerlas sin elegir entre las opciones aparentemente contradictorias que nacen de los supuestos divisivos.

La tendencia objetiva de la mente ya ha descubierto que la evolución o cualquier aprendizaje, procede por dobles incrementos de información procesando dos o más movimientos contradictorios en el mismo plano a través de triangulaciones. *Es decir enfrentando **dobles ligaduras** reveladoras de nuevos contextos de aprendizaje* (Bateson)

Esta lógica, que en el artículo *¿Qué es mapear?* hemos llamado *contrastación creativa*, es la misma que la tendencia visionaria de "nuestra" mente ha denominado *caduceo de Mercurio*, *escalera de Jacob* u otro sinnúmero de nombres "esotéricos". No importa que nombre queramos darle. Por caminos que aún se encuentran profundamente separados en nosotros pero que debemos reconocer como parte de una misma y única experiencia, nos hemos dado cuenta que los grandes saltos de la inteligencia, los aprendizajes revolucionarios capaces de revelar contextos realmente nuevos, solo se producen cuando somos capaces de sostener sin opción las aparentes contradicciones que surgen de supuestos fragmentarios.

IV

En el momento en el que la especie se aisló de la inteligencia que nos entrama, se produjo la bifurcación que dio origen a los procesos mentales aptos para manipular y construir. Pero el éxito de esta actividad nos ha hecho creer que la

inteligencia humana es completamente diferente a aquella de la que provenimos y de la que participan todos los demás seres de la Tierra.

Debiera ser evidente que "nuestra" inteligencia objetiva –y su complementaria, la subjetiva con su inherente anhelo de expresión- son solo funciones particulares de un sistema mucho más complejo. Esto nos llevaría a reconocer que la Tierra en cuanto sistema global es mucho más compleja que el ser humano, es decir, que expresa una inteligencia que *incluye* a la nuestra; de la misma manera que el cerebro es mucho más rico y complejo que el pensamiento y la imaginación; los contiene y los produce, pero puede ir mucho más allá de ellos.

Preguntarse que tipo de inteligencia es la que opera más allá del pensamiento y la imaginación es una cuestión fundamental. Pero una vez formulada la pregunta el pensamiento debe dedicarse a comprender su propia actividad para no seguir proyectando sus formas sobre la información que proviene de procesos que lo trascienden. La tradición occidental no tiene prácticamente experiencia alguna en este tipo de indagación. Decir que más allá del pensamiento se encuentra la fe, por ejemplo, es afirmar que el pensamiento debe obedecer disciplinadamente a un conjunto de creencias –instrucciones- que se toman por verdaderas y que ya no pueden ser examinadas. Separar fe y razón, racionalidad de irracionalidad, lo consciente de lo inconsciente, el pensar del sentir, lo objetivo de lo subjetivo, lo externo de lo interno, etc. son todos síntomas de la actividad separativa de la mente tecnológica que vuelve a incurrir una y otra vez en sus mismas contradicciones. La nota esencial de la inteligencia que está más allá del intelecto es precisamente su capacidad para *percibir vinculado* todo aquello que aquel ha separado. Por esto llamamos inteligencia vincular a la que florece cuando la inteligencia separativa se comprende a si misma en sus actividades. Examinemos un poco más estas separaciones para que la actividad que las genera quede expuesta.

Cada vez que pensamos nos separamos de lo que percibimos generando la sensación de que existe un sujeto separado del mundo (Ver Algunos concepto fundamentales) Como sabemos, esta sensación tiene una inexorable tendencia a expandirse acumulando otras sensaciones que la confirman hasta formar un patrón que se repite indefinidamente. Este *patrón* es lo que llamamos yo. Su propia naturaleza lo lleva a extenderse hasta donde le es posible y a contraerse cada vez que el mundo que ha definido como externo –el "no yo"- se lo impide. Este conjunto de sensaciones, ideas, recuerdos, etc. se aferra a la creencia de que es anterior e independiente de todo vínculo. Es evidente que

la continuidad de ese patrón, que se ha identificado con la existencia misma, solo es posible si se protege sistemáticamente de cualquier información que pueda desorganizarlo. Es decir, debe protegerse a sí mismo (contraerse) o dominar (expandirse) cada vez que se vincula.

El yo con todas sus actividades asociadas no es un patrón inteligente en términos vinculares.

Necesita que los vínculos estén al servicio de su expansión. Esto debiera ser una obviedad, pero este patrón no la puede comprender por sí mismo. La ignorancia vincular del yo es algo estructural y por esa razón es imposible que sus actividades no desemboquen en conflicto y generen sufrimiento. Esta no es una conclusión moral, filosófica o religiosa. Es una consecuencia lógica. La entera historia de la especie está atravesada por los frustrados intentos colectivos de moderar las consecuencias del anhelo expansivo inherente al yo y al tipo de inteligencia que le da origen. Hemos creado un sinfín de premios y castigos con ese propósito. Pero éstos no podrán obtener jamás el resultado para el que fueron diseñados (Ver El mundo de significados).

Nos resistimos a comprender el error de contexto en el que incurrimos: lo que llamamos "egoísmo" no es una cuestión moral. Es simplemente un nivel de inteligencia. Sólo el florecimiento de una sensibilidad que pueda registrar espontáneamente al yo como un patrón de actividad y no como una entidad autónoma puede enfrentar esta cuestión inteligentemente.

Si examinamos atentamente el proceso veremos que la afirmación "yo pienso" es inexacta; es la actividad objetivo-subjetiva de la mente –la inteligencia tecnológica- la que genera al yo en el mismo momento en que percibe (Ver Meditación).

La percepción separativa es maravillosa para construir formas diseñadas conscientemente; al mismo tiempo le es inherente un anhelo irrefrenable de expresarse "a sí misma". Una vez que este nivel de inteligencia ha fijado ante sí la existencia del "mundo de objetos", ha fijado simétricamente el "mundo del sujeto"; a partir de ese momento *deberá enfrentar el inevitable conflicto de una relación entre puntos fijos*. Cualquier sujeto advertirá tarde o temprano que es tratado como un objeto por los demás seres humanos. Este dolor genera todos nuestros dramas conocidos y aquellos por conocer. Pero el sujeto no puede evitar objetivar a los seres humanos porque nace de la actividad mental creadora de objetos (ideas, imágenes, interpretaciones acerca de).

Hasta que no se advierta la diferencia entre la sensación yo en tanto identidad fija y el flujo de información que la genera y va más allá de ella, no podemos darnos cuenta que el yo es un "objeto interno". Que soy un objeto más dentro de la actividad del pensamiento y la imaginación. Todos sabemos de los interminables y confusos diálogos entre las distintas partes en las que ese "sujeto" que en realidad es un objeto se divide a si mismo.

La percepción separativa traza una frontera que ella misma no puede registrar. *No es sensible a su propia actividad*, que es la de generar continuamente sujetos-objetos. Dentro de esos límites puede dividirse hasta el infinito y jugar consigo misma por toda la eternidad. Tampoco puede evitar reflejarse en todo aquello que percibe. Esta entidad ilusoriamente aislada del flujo de relaciones del cual emerge no puede sino percibir entidades separadas a su alrededor, desde los dioses hasta las partículas elementales. El extremo científico del pensamiento ha descubierto los códigos inteligentes que generan todas las formas orgánicas pero está condicionado para concebirlas como egoístas (el gen "egoísta" del neodarwinismo). El extremo místico no puede ir más allá de un dios que no sea un yo idealizado cuya máxima inteligencia vincular es la de ser misericordioso. En una dirección u otra este nivel de inteligencia queda fascinado ante los espejos que construye.

No estamos diciendo que esto esté mal. La inteligencia de función tecnológica es un tesoro de la evolución. El problema es que esa función tiende a consumir toda la energía del entero sistema. El hecho de que la civilización actual devore toda la energía del planeta es tan solo un reflejo de lo que ocurre en cada cuerpo humano. La *inteligencia que construye* -dentro de cada uno de nosotros- absorbe toda nuestra energía disponible.

El insight básico es que la inteligencia que construye carece por completo de sensibilidad vincular. Debe fijar –es decir dominar- relaciones para estabilizar las formas. Esta limitación nace de su propia función y por lo tanto es estructural.

Que el pensamiento objetivo-subjetivo, una determinada función del sistema nervioso, se haya identificado con la inteligencia misma es un malentendido probablemente natural y comprensible durante el primer millón de años de evolución de la especie. Pero en este momento de la vida de la Tierra está confusión es extremadamente peligrosa. Quizás catastrófica.

Recapitulando: la creatividad es un hecho vincular. La vida es un entretreído inteligente en el que toda la información que los organismos necesitan para evolucionar está a su disposición circulando en su trama vincular. La lógica con la que esta inteligencia viviente opera es la que hemos llamado *contrastación creativa*. Es decir, la capacidad de procesar información proveniente de fuentes diferentes y aparentemente contradictorias (Ver *¿Qué es mapear?*)

La vida genera necesariamente membranas aislantes que protegen un "interior" de la información potencialmente desorganizante que circula por su "exterior". La extraordinaria inteligencia de la vida es capaz de mantener la estabilidad del organismo –es decir, repetirse a sí mismo- y, al mismo tiempo, dejarse transformar por nueva información a través de ese proceso que hoy llamamos *evolución*. Si por un momento dejamos de mirar un ecosistema desde el punto de vista de un organismo y lo miramos desde la interacción continua de todos sus componentes, veremos que el movimiento aparentemente adaptativo o de aprendizaje unilateral de cada uno, es en realidad una *dinámica global*, un campo de aprendizaje. El ecosistema mismo se mantiene estable y al mismo tiempo se transforma sin cesar.

Este aprendizaje global solo puede ocurrir si existen *códigos de encuentro* latentes distribuidos en los distintos organismos, que se activan cíclicamente para dar lugar a la aparición de nuevas formas y coreografías.

Así como el cerebro humano es una misteriosa danza evolutiva de correspondencias entre lo interno y lo externo, cada ecosistema puede ser pensado de la misma manera (Ver *El despliegue de las epistemologías*).

Cada organismo está generado por la interacción con todos los demás. No existen organismos en sí con códigos absolutamente propios que evolucionan independientemente de los otros. Esto es una *abstracción*. En el nivel biológico, es un único genoma el que se despliega a través de una multiplicidad de formas diferentes y genera nuevas variantes dentro de sí mismo. En el nivel de la consciencia, es una sola estructura psíquica la que se diferencia en una multiplicidad de experiencias humanas aparentemente unilaterales. Pero es esa inteligencia global la que evoluciona, aprende y se transforma a través de

sus interacciones. Es la entera especie la que aprende a través de la experiencia china, aymara, watusi o europea. Un solo tejido por el que circula información. A diferencia de la biología, aún no nos hemos puesto de acuerdo en la existencia de códigos a través de los cuales pueda producirse este aprendizaje global. Pero la presión evolutiva nos está llevando inexorablemente a indagar en esta dirección. Arquetipos, memes, holones, etc. son todos conceptos modernos que intentan definir la textura no consciente y global de la cual emergen las distintas consciencias particularizadas.

El proceso que debemos comprender en toda su profundidad, es como en el humano *al mismo tiempo* que opera esta inteligencia vincular que trasciende cualquier experiencia particular, se desarrolló una inteligencia funcionalmente complementaria: una inteligencia centralizada, que se separa de lo que percibe, se hace consciente de sí misma en tanto separada, planifica y sostiene sus deseos en el tiempo para crear nuevas formas. En estos artículos la hemos llamado inteligencia tecnológica, percepción separativa o subjetiva-objetiva.

Por demasiado tiempo nos hemos convencido a nosotros mismos de la absoluta superioridad de este modo de la inteligencia y hemos puesto toda nuestra energía en su desarrollo. Esto ha generado un evidente desequilibrio en la especie y en el planeta entero. No hace falta debatir demasiado para darnos cuenta que nuestro desarrollo tecnológico es infinitamente superior a nuestra capacidad vincular.

Pero desde el punto de vista en que están escritos estos artículos en ningún momento se trata de "nuestra" capacidad tecnológica o "nuestra" capacidad vincular. La bifurcación que se produce en el ser humano responde a la evolución misma y el desequilibrio que hoy vivimos es una cuestión planetaria. Lo que sostenemos aquí es que los procesos tendientes a una nueva homeostasis evolutiva ya están ocurriendo, más allá de nuestra voluntad. De lo que se trata es de alinearse inteligentemente con este proceso.

El cerebro tiene la inteligencia suficiente como para despertar por sí mismo a niveles de inteligencia y sensibilidad mucho más complejos. En realidad no hay otro camino posible. No es cuestión de obedecer a mandatos divinos, de adherir reactivamente a ideologías anti-tecnológicas o seguir el camino trazado por algún grupo de iluminados. Es fácil darse cuenta que todas estas vías fueron ensayadas innumerables veces y no resuelven la cuestión. Simplemente

porque son respuestas que surgen del mismo nivel de inteligencia que ha generado los problemas que intenta resolver.

Solo un número relativamente pequeño de humanos a lo largo de la historia invirtió toda su energía en indagar en esta cuestión y de que manera confluyen ordenadamente los distintos modos de inteligencia. Una de las características esenciales del tiempo que vivimos es que más allá de la eclosión del reino de las máquinas y de las turbulencias evolutivas inevitables que esto implica, un creciente número de seres humanos responde aceleradamente al imperativo de complejización de la inteligencia.

VI

Una vez que tomamos plena conciencia de la actividad de la inteligencia tecnológica que hasta ese momento operaba de un modo ciego en nosotros, podemos advertir como ya dijimos, que es esa inteligencia la que ha dado origen al yo. En ese momento el cerebro puede comenzar a reconocer que lo que parecía ser una identidad esencial es en realidad una construcción. Una estructura consciente que forma parte de procesos mucho más ricos y complejos. El insight que ahora debe producirse es que el yo no puede percibir la inteligencia vincular. Es ciego a su presencia y, más aún, se defiende de ella. *Por esa razón esta inteligencia se manifiesta a través de lo que definimos como "no yo".*

Regresemos a la frase: toda la información que necesita un organismo terrestre para desplegar sus potencialidades se encuentra presente en aquello con lo que se vincula instante a instante.

Esto quiere decir que cada ser humano está entretejido en una trama vincular – ecosistema "psíquico"- que es más inteligente que cada uno de sus individuos aislados. Por un lado el yo de cada uno absorbido en su autointerés, desarrolla sus estrategias conscientes o inconscientes de defensa/dominación volviendo a generar las coreografías conocidas; por el otro, un tipo completamente diferente de información capaz de abrir un contexto completamente nuevo para

todos, circula continuamente a través de las relaciones. El nivel de los yoes es un contexto suma cero; es decir, la ganancia de unos es pérdida para los otros. La lógica mecánica del ganar-perder rige todas las interacciones y en este nivel la máxima inteligencia vincular posible es la negociación. Someterse, dominar, negociar, ser amable, tolerar, desconfiar, depender, ser bueno, aislarse, frustrarse, liberarse de, etc. son las pautas más conocidas de las coreografías vinculares que nos arrastran a todos en este nivel. Si se las examina con atención todas ellas se originan en las necesidades defensivas del patrón yo.

Tarde o temprano la información sistémica que circula por la trama desafía la integridad de lo que cada uno cree que es su identidad separada, sea esto un yo individual –persona- o colectivo –una nación por ejemplo-; Por eso es inevitable que cada uno reaccione a la acción de los demás a partir de cierto momento poniendo en acto las coreografías arquetípicas inconscientes que organizan nuestras interacciones en este nivel. Pero cuando la inteligencia profunda a comenzado a advertir las limitaciones del yo –su ignorancia vincular - se hace evidente que cualquier interacción contiene información transformadora con el potencial de abrir un contexto mucho más amplio que los yoes involucrados no podían imaginar. El nivel de la inteligencia vincular no está regido por la lógica suma cero. Si los participantes están abiertos a su presencia, la inteligencia creativa del ecosistema revelará una coreografía en la que todos ganan.

Evidentemente los nudos creados en la trama por la acción inevitablemente egoísta de los yoes, solo pueden disolverse si estos aceptan las consecuencias de haberlos creado. Esto implica tener que atravesar por un período más o menos largo en el que deben desatarse todos los conflictos generados por el yo que aún permanecen latentes. Pero si en un número suficiente de participantes de la trama, *la pasión por aprender el significado de lo que sucede* es más intensa que el anhelo de alcanzar sus objetivos particulares, toda situación adquiere la textura de la revelación. (Ver El mundo de los significados) Es decir, es creativa. Transforma a cada uno de sus participantes y abre nuevos y apasionantes juegos para todos.

Nuevamente, esta no es una cuestión moral que se pueda resolver mediante las buenas intenciones. La voluntad pertenece al yo y su característica principal es la de excluir cualquier información que pueda modificar su intención. Esto es una cuestión de inteligencia; de despertar a la información que circula en los vínculos comprendiendo que su lógica profunda es siempre la del aprendizaje, no la de la construcción. La construcción –individual o grupal- *agrega*

continuamente información a supuestos relativamente inmodificables (si no lo fueran atentarían contra la estabilidad de lo construido); el aprendizaje no acumulativo en cambio se abre espontáneamente a la información que destruye o por lo menos cuestiona los supuestos fijos para revelar un contexto más amplio.

En términos psicológicos esto quiere decir que la creatividad vincular producirá inevitablemente *heridas narcisistas* en todos aquellos que participan de la circulación. Los fundamentos de esa construcción cristalizada que es el yo – que soy yo- se verán necesaria y continuamente alterados por la información vincular (Ver Psiquis y Cosmos). Lo primero que revela la información que proviene de la inteligencia vincular son las profundas capas defensivas presentes en todos nosotros y la mecanicidad con la cual éstas se ponen en actividad.

En un sentido global, no es posible que la especie humana se sienta realmente terrestre y actúe como tal en las relaciones con los demás organismos si nos creemos diferentes y superiores a todos los demás seres de la Tierra. La caída de esta creencia es una profunda herida narcisista en el corazón de especie. Del mismo modo, no es posible una acción humana realmente creativa si cada una de las civilizaciones, religiones y naciones no sufre profundas heridas en el orgullo narcisista que las hace sentirse especiales, necesarias, inmortales y superiores a las demás. Y nada de todo esto puede suceder si no hay un suficiente número de seres humanos dispuestos a pasar por este aprendizaje.

Este aprendizaje no es personal; no es psicológico en el sentido habitual: es celular. Son las células del cuerpo y del sistema nervioso las que deben despertar a la presencia de una inteligencia que va más allá de las necesidades de la construcción de formas, sean estas concretas, ideales o sentimentales. El pensamiento y la imaginación de origen objetivo-subjetivo con todas las emociones, sensaciones y posturas corporales ligadas a ellos expresan un nivel de sensibilidad que tiene un claro techo en su evolución. Deben ponerse al servicio de una inteligencia y sensibilidad mucho más complejas capaces de activar los *códigos de encuentro* latentes en cada uno de nosotros.

Solo la percepción directa de que lo que se nos aparece como objetos e individuos es un recorte transitorio del flujo de relaciones, tiene un poder orgánico de transformación. Por eso las explicaciones son nada más que un instrumento para señalar la dirección en la que cada sistema nervioso debe

indagar por sí mismo; dolorosamente al principio, porque son demasiados los nudos que debemos desatar. Pero gozosamente a partir del momento en el que lo consciente y lo no consciente, las sensaciones y los significados, la creatividad y la construcción, el adentro y el afuera, lo que observa y lo que es observado comienzan a confluir.

Inteligencia vincular es amor en otras palabras. Pero la profunda división que existe en nuestra mente entre sensación y significado ha hecho que el amor nos parezca un sentimiento y no una inteligencia. *La resonancia vincular de la información es inteligencia*. Eso es amor cuya acción es inexorablemente destructiva para aquello que fue construido en la ignorancia; por los niveles de la consciencia que permanecen obstinadamente identificados con la necesaria ceguera de los primeros tramos de la evolución planetaria.

Los animales mentales somos expertos en estrategias en el mundo del ganar-perder; "nuestra" inteligencia se mide como capacidad de control. Cualquier situación que de alguna u otra manera escape a nuestro control nos aterroriza. Es percibida inmediatamente como descontrol y en consecuencia activa señales de peligro. El animal mental desea *tener* vínculos, no descubrirse en ellos, lo cual implica abrirse por completo a la información que traen. *Tener* vínculos –aunque sean "buenos"- es apropiarse de los otros como si fueran objetos para nuestros propósitos. Descubrirse y descubrir en la trama vincular es algo completamente diferente y aterrorizante para el animal mental.

Si se comprende esto con toda sinceridad, se verá inmediatamente que el verdadero salto en inteligencia se produce cuando *el aprendizaje vincular* se ha convertido en algo mucho más importante *que el tener el control de las situaciones* que vivimos.

¿Qué se abre más allá de la colección de estrategias que contiene el cerebro del animal mental? El amor. Y no hay nada de sentimentalismo místico en esta afirmación. *La inteligencia vincular está más allá de las estrategias porque la trama vincular es un espacio que no se puede controlar*. Es una inteligencia interactiva de la que nadie se puede apropiarse porque el vínculo en cuanto flujo incesante de información no es algo objetivo-subjetivo. Vincularse amorosamente –inteligentemente- implica dejar de ser un sujeto/objeto con todas las sensaciones asociadas a ello. Por eso el amor es siempre libertad. No puede haber control alguno donde fluye información transformadora. Por eso también es muerte porque es inevitable que esa información destruya todo aquello que quedó cristalizado por los niveles anteriores. Amor, libertad y

muerte no conforman un triángulo ingenuamente poético. Esta circularidad triangular es la lógica misma de la vida. Una inteligencia de enorme profundidad.

¿Por qué esto es tan difícil de aceptar para el animal mental? Probablemente porque no hemos crecido en la trama del amor sino en la de los afectos animales socializados. La inmensa mayoría de los niños/as humanos/as tiene que elaborar complejas estrategias para obtener amor. Es en esa opaca trama vincular que se cristaliza el patrón del yo para cada uno de nosotros. Por eso abrirse a la inteligencia del amor pone en acto una doble ligadura. ¿Cómo que el amor no tiene estrategias? ¿Qué quiere decir que la inteligencia vincular no tiene objetos? Todo esto no se puede entender. Tiene que operar en nosotros.

Es evidente que la textura dominante en la trama humana es la del control; la de la inteligencia tecnológica que trata desesperadamente de sentir un amor que está más allá de su horizonte. En esta textura nace el yo y realiza sus experiencias (Ver Nosotros, los Biomecas) Allí donde *la ignorancia vincular* de los yoes a causado heridas demasiado profundas en un niño o una niña, se han cristalizado sensaciones que conforman un patrón reactivo que es muy difícil de desatar. Sabemos esto. El torrente milenario de las sensaciones, sentimientos e ideas que nacen de la ignorancia vincular, se abalanza sobre cada criatura en el momento de nacer para apropiarse de ella (Ver El deseo) Las tradiciones han llamado a esto Karma, pecado original, etc. Esta textura renace continuamente y vuelve a tejer los mismos nudos una y otra vez. Nada de esto es personal aunque tome esa apariencia. Es humano, es terrestre.

La inteligencia vincular se hace cargo espontáneamente de la inmensa inercia evolutiva que proviene de la ignorancia vincular. El encuentro entre la inteligencia vincular y la ignorancia es la vida misma. La inteligencia vincular no debe hacerse cargo de un peso externo a sí misma y tampoco tiene que realizar sacrificio alguno. Es pura vitalidad en acción sin preocupación alguna por los resultados.